

RICARDO SENABRE

*Capítulos de Historia
de la lengua literaria*



CÁCERES
1998

Índice

<i>Prólogo</i>	7
1. Lengua coloquial y lengua literaria	9
2. El léxico literario	21
3. Humor y lenguaje	35
4. Sintaxis y métrica	49
5. Aspectos fónicos en la poesía de fray Luis de León: voces y ecos .	61
6. El lenguaje del entremés	85
7. Análisis de la coherencia en un texto de Gracián	103
8. El léxico de la mentira en Feijoo	123
9. La lengua literaria a finales del siglo XIX	133
10. El andalucismo lingüístico de Ganivet	151
11. Sobre la elaboración de <i>La busca</i>	159
12. «Azorín», paisajista	169
13. Creación y deformación en la lengua de Arniches	177
14. «Dar el opio»	207
15. Pervivencias del lenguaje modernista	219
16. Correcciones y variantes en textos orteguianos	231
17. Composición y estructura en un pasaje de Ortega y Gasset	245
18. La lengua de Eugenio Noel	259
19. Duros y pesetas léxicamente devaluados	279
20. El lenguaje de Ramón Gómez de la Serna	293
21. Juegos retóricos en la poesía de Blas de Otero	325

Prólogo

Con rarísimas excepciones, las historias de la literatura dejan al margen, en su descripción y valoración de las obras que se incorporan al inventario, la consideración de su lenguaje. Hay apreciaciones acerca de los contenidos —según los casos— o de algunos aspectos constructivos, y tal vez se alude a la posición de las obras en una determinada serie literaria; pero sólo en muy contadas ocasiones se subrayan las aportaciones lingüísticas del escritor, y casi siempre a base de vagas generalizaciones —«prosa rica y variada», «lenguaje metafórico», «estilo entrecortado» y fórmulas análogas—, poco aptas o insuficientes para caracterizar un producto que es, antes de nada, una construcción verbal. Sin embargo, los historiadores de la lengua saben muy bien hasta qué punto las obras literarias del pasado les han permitido reconstruir el proceso evolutivo del idioma. Las mejores síntesis de historia del español —la de Oliver Asín, la de Rafael Lapesa— son en buena medida historias de la lengua literaria, de las formas idiomáticas que han perdurado gracias a su uso en el lenguaje escrito. No disponemos de grabaciones para oír cómo hablaban las gentes del siglo XV o del XVIII, pero sí tenemos obras dramáticas, relatos, crónicas, coloquios, textos gramaticales, documentos de todo tipo que nos permiten rehacer un estado de lengua con el apoyo sustancial de los textos literarios.

El estudio de la lengua literaria —es decir, de los usos artísticos del lenguaje— nos permite apreciar más cabalmente las obras y, a la vez, entender mejor el desarrollo del idioma, la multiplicidad de sus registros, la desaparición de unas formas y el auge de otras, la potenciación de las posibilidades expresivas del sistema gracias a la destreza y a la sensibilidad de los escritores. Y no suele ser esta faceta lingüística la más atendida en los estudios literarios, de modo que todos los acercamientos que puedan intentarse en este sentido serán pocos. Necesitaríamos, en efecto, poseer muchos más trabajos, más descripciones lingüísticas de estilos y autores, más vocabularios de escritores, más repertorios fraseológicos. Mientras tanto, debemos conformarnos con lo que tenemos y tratar de ampliarlo en la medida de nuestras fuerzas. La absurda división en los estudios entre especialidades lingüísticas, por un lado, y literarias, por otro, y, como consecuencia, la inevitable quiebra de la antigua formación filológica unitaria, hace difícil que los investigadores de un futuro inmediato se hallen adecuada-

mente capacitados y, sobre todo, con el estímulo idóneo para orientarse con buen tino hacia esos rumbos necesarios. Pero hay que confiar en que las circunstancias actuales no se prolonguen eternamente, y nada impide esperar que, con la cordura, la filología retorne a las aulas y a la vida con energía renovada.

He reunido en estas páginas algunos trabajos que, desde ángulos diferentes, se acogen a ese enfoque lingüístico de las manifestaciones literarias o plantean diversas cuestiones acerca del lenguaje con el respaldo de textos literarios. Son, por ello, capítulos de una inexistente historia de la lengua literaria; fragmentos, fascículos, a veces simples párrafos de esa historia ideal que tal vez nunca llegaremos a tener, pero con la que podemos soñar. (¿Acaso no es la utopía un horizonte siempre deseable?). El origen de estos trabajos es diferente —lo que explica su contextura diversa—, y también su edad. El más antiguo data de 1965, mientras que el más reciente es de este mismo año, 1998. Casi todos los trabajos aparecieron en revistas especializadas, compilaciones misceláneas o actas de seminarios y congresos, y no siempre resultan hoy de fácil acceso; algunos son inéditos. He preferido dejar lo ya publicado como estaba, sin más que algún ligerísimo retoque ocasional, e indicar la fecha para que se tenga en cuenta. Será inevitable por ello que haya alguna repetición, que tal o cual ejemplo se aduzca en más de un caso, pero no he querido siquiera suprimir esas ocasionales reiteraciones, y me ha parecido, por estricta fidelidad al tiempo pasado, mantener las cosas como en su momento fueron.

Hay un maestro en estos menesteres —y en otros muchos— que pertenece a la más pura estirpe filológica española y es, además, guía seguro y ejemplo: Rafael Lapesa. A él y a sus noventa años de fecunda y generosa laboriosidad van dedicadas estas páginas. A él y al recuerdo —imborrable— de Pilar.

RICARDO SENABRE

Lengua coloquial y lengua literaria

Todos convendríamos, si nos viéramos apremiados a hacerlo, en que la literatura es una forma de lenguaje. La imaginación, las ideas, las experiencias o los estados de ánimo necesitan para su transmisión eficaz recurrir al lenguaje como materia prima inexcusable. La observación –tantas veces citada– de que la literatura no se hace con sentimientos, por auténticos y profundos que sean, sino con palabras, es irrefutable. En efecto, esta conversión de ideas en mensajes transferibles sólo es posible gracias al lenguaje. Ignoro si alguien llegó a contar la anécdota ocurrida hace años en un café madrileño, famoso entonces por sus tertulias literarias. Tres o cuatro escritores hablaban de poesía en torno a una mesa, mientras el limpiabotas habitual del establecimiento pulía los zapatos de uno de ellos. En el momento de cobrar el servicio y aprovechando un breve silencio de los parroquianos, el limpiabotas apuntó: «Eso de la poesía, señores, no es más que una manera de decir las cosas, ¿no?». Es exacto: nada más –pero tampoco nada menos– que una manera de decir las cosas, esto es, una forma de lenguaje.

Ahora bien: hay muchos registros en el lenguaje, y cualquier hablante con una mínima competencia idiomática los distingue con facilidad, los siente como diferentes, los acepta o no según el grado de coherencia que muestren con respecto al contexto o la situación en que se producen. Y lo mismo sucede en la lengua escrita. Abramos una página de Valle-Inclán. Un personaje de *Las galas del difunto* dice: «Bastón y bombín para irme de naja, que me espera una gachí de mistó». Cualquier lector identificaría sin vacilar el perfil barriobajero de la frase, tan distinta, por ejemplo, de aquel verso de Rubén Darío en su «Responso a Verlaine» («Que púberes canéforas te ofrecen el acanto»), del que, según se ha contado, Lorca afirmaba humorísticamente que sólo entendía el «que» inicial. Pero lo cierto es que tanto las «púberes canéforas» de Rubén como la «gachí de mistó» del personaje valleinclanesco pertenecen al lenguaje de sendas obras literarias, lo que parece otorgarles cierto parentesco, cierto estatuto común, sin duda compatible con su aparente heterogeneidad.

Esta percepción de los diferentes registros —o de los que poseen más abultado relieve— por parte del lector se mezcla con otra intuición no menos operante que también se da en el usuario de cualquier lengua: la idea de que existe un uso común, informativo, cotidiano del lenguaje, que nos sirve para comunicarnos con los demás, para conocer las noticias, para toda clase, en fin, de funciones prácticas, y otro uso muy distinto, de carácter artístico, en que la elección de las palabras y la disposición de las frases son más calculadas, atienden al ornato de la expresión, se ajustan a ciertos artificios —que en el caso más extremado se resuelven en versos— y no coinciden, ni en su forma ni en su transmisión habitual, con los mensajes cotidianos. No es oportuno ahora internarse en la complejísima cuestión de cuáles son los rasgos distintivos —si existen— de ese uso artístico del lenguaje. Se ha intentado en muchas ocasiones desde hace más de veinte siglos, y hay múltiples teorías sobre este asunto, ninguna irrefutable ni de unánime aceptación, tal vez porque el problema no puede enfocarse con criterios generalizadores. Pero, de hecho, la práctica literaria ha imbuido en la mente de los lectores la idea de que se trata de un lenguaje especialmente refinado, que no ofrece acogida cómoda a usos vulgares y de jerga coloquial, salvo que formen parte de la ficción propuesta y, aun así, con muchas limitaciones. Dicho de otro modo: el lector acepta que un personaje novelesco utilice coloquialismos en su discurso directo, pero no los toleraría en el discurso del narrador. Por lo común, intuye oscuramente que hay un lenguaje literario frente a otro vulgar y coloquial, cada uno con ámbitos precisos y funciones bien delimitadas. No es así, claro está; el lenguaje no es literario o no literario por sí mismo. En realidad, es el uso del lenguaje lo que confiere carácter artístico o matiz vulgar al mensaje resultante. A pesar de ello, la polaridad entre lo coloquial y lo literario, la tensión entre una actitud tajantemente segregadora de ambos planos y otra opuesta, que trata de borrar la distinción y armonizarlos, constituye un largo proceso que recubre toda la historia de nuestra lengua y también, inevitablemente, de nuestra literatura.

Simplificando un tanto las cosas, podría decirse que la historia literaria es un dilatado recorrido jalonado por obras que, contempladas desde nuestra perspectiva, constituyen los modelos máximos de lenguaje en cada época. Casi todo lo que sabemos de nuestra historia lingüística lo sabemos gracias a los testimonios literarios que se nos han conservado. La historia de la lengua española, tal como se encierra en las más conocidas monografías